

LAS CONMEMORACIONES INTELECTUALES DE LA PRIMERA CRUZADA, 1995-1999

LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS
Universidad de Zaragoza

La Primera Cruzada ha gozado de una larga serie de conmemoraciones intelectuales del novecientos aniversario de dicha innovadora expedición, predicada por el papa Urbano II en Clermont el 27 de noviembre de 1095 y culminada el 15 de julio de 1099 con la conquista de Jerusalén. Las fechas de inicio y fin, marcadas por tan singulares acontecimientos, han hecho que la mayor parte de los congresos, jornadas, coloquios o reuniones científicas de cualquier tipo convocados tuvieran lugar en 1995 o en 1999. Sobre algunos de ellos, quizás los más relevantes, vamos a proyectar nuestra atención; las más de ochenta contribuciones que hemos seleccionado sintetizan la gran riqueza y diversidad del pensamiento actual sobre las cruzadas, que desborda la consideración estricta del fenómeno, pues, como ha señalado Jonathan Riley-Smith en sendos prólogos a libros que recopilan actas de dos de estos encuentros, tal movimiento ha pasado de tener una estimación secundaria y periférica en la historiografía sobre la Europa medieval a adquirir protagonismo pasado y presente en la reflexión sobre nuestro continente y también en el devenir de otras civilizaciones mediterráneas¹. Nuestro objetivo no es, pues, trazar un balance historiográfico global del tema en el quinquenio antedicho, para lo cual existe ya un artículo de Jean Flori², apasionado, como lo es toda su producción, sino acercarnos a los puntos de vista

¹ MICHEL BALARD, ed., *Autour de la Première Croisade. Actes du Colloque de la Society for the Study of the Crusades and the Latin East (Clermont-Ferrand, 22-25 juin 1995)*, París, 1996, p. 5; JONATHAN PHILIPS, ed., *The First Crusade. Origins and impact*, Manchester y Nueva York, 1997, p. 1.

² JEAN FLORI, «De Clermont à Jérusalem. La première croisade dans l'historiographie récente (1995-1999)», *Le Moyen Age*, CV (1999), pp. 439-455. Otra síntesis bibliográfica atiende a la historiografía sobre el oriente latino aparecida en el mismo lapso de tiempo (PIERRE-VINCENT CLAVERIE, «Les dernières tendances de l'historiographie de l'Orient latin (1995-1999)», *Le Moyen Age*, CVI (2000), pp. 577-594.

actuales a través de las breves aportaciones a distintos encuentros de la practica totalidad de historiadores cruzados (Hans Mayer es una ausencia notable, pero conocida es su reticencia a abandonar Kiel para participar en este tipo de foros).

Es indiscutible el auge que los estudios sobre cruzadas han experimentado en los últimos decenios, intensidad que el propio Riley-Smith ha calificado de renacimiento tras la época dorada del periodo 1850-1914³. Fruto de ese interés fue la fundación en 1981 de una sociedad internacional que relacionara al número cada vez mayor de estudiosos en este campo (*Society for the Study of the Crusades and the Latin East, SS-CLE*), la cual, conviene decirlo, apenas cuenta con miembros españoles. En 1983, Cardiff acogió la primera reunión de dicha asociación⁴; desde entonces, cada cuatro años, los historiadores de las cruzadas y del oriente latino se han ido encontrando para intercambiar puntos de vista dentro de un coloquio que enriquece la aridez de la preceptiva sesión administrativa. El azar cronológico hizo que tres de las cuatro últimas reuniones estatuidas tuvieran lugar en años ricos en recuerdo cruzado, como fueron 1987, 1995 y 1999, y, por supuesto, no podía ser de otra manera, en los puntos emblemáticos de Jerusalén y Haifa, de Clermont-Ferrand y, por segunda vez, de aquellas dos ciudades israelíes en 1999. Las contribuciones a la conmemoración en 1987 de la decisiva batalla de Hattin aparecieron un lustro después⁵. Del encuentro de Clermont contamos con un volumen de actas, parte del cual —las sesiones tocantes expresa o indirectamente a la Primera Cruzada, es decir diecisiete textos— será aquí objeto de análisis⁶; las ponencias y comunicaciones leídas en Jerusalén y Haifa en julio de 1999 no van a formar publicación específica, aunque, sin duda, algunas de ellas aparecerán en la nueva revista *Crusades*, promovida por la Sociedad y cuyo primer número se espera salga a la luz durante el año 2001.

En los mismos días en que los miembros de la *SSCLE* tenían en Clermont su cuarta asamblea, entre el 22 y el 25 de junio de 1995, se desarrolló paralelamente, también en dicha ciudad francesa, otro coloquio centrado en el concilio y en la predicación de la cruzada por Urbano II, organizado por el Consejo Regional de Auvernia con el asesoramiento

³ M. BALARD, ed., *op. cit.*, p. 6.

⁴ Sus ponencias y comunicaciones fueron publicadas dos años después (PETER W. ED-BURY, ed., *Crusade and Settlement. Papers read at the First Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East and presented to R. C. Smail*, Cardiff, 1985).

⁵ BENJAMIN Z. KEDAR, ed., *The Horns of Hattin. Proceedings of the Second Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East, Jerusalem and Haifa, 2-6 July 1987*, Jerusalén, 1992.

⁶ Vid. *SUPRA*, nota 1.

científico de Georges Duby⁷. En el prefacio, uno de los últimos escritos de este historiador fallecido a fines de 1996, Duby sintetiza las cuatro cuestiones principales debatidas en el encuentro: las razones de que la asamblea eclesiástica tuviera lugar en Clermont, el debate sobre las palabras precisas de Urbano II en la alocución del 27 de noviembre, la posibilidad de coincidencia de dos líneas distintas inspiradoras del movimiento, la papal y la popular representada por Pedro el Ermitaño, y, por último, el contexto histórico de fines del siglo XI en que emergió la Primera Cruzada⁸. Una lectura atenta de las veintitrés contribuciones nos permite agruparlas temáticamente, de forma algo diferente a la expuesta, en tres grandes apartados: el estudio a distintos niveles de la región en que tuvo lugar el concilio; la conexión Iglesia Romana-cruzada y la extensión espacial e incidencia temática del movimiento; por último, la visión del mismo desde el oriente mediterráneo. Como es lógico, este último coloquio tuvo mayor homogeneidad que el estrictamente simultáneo, ya que se trató de una convocatoria ex profeso y no de la asamblea cuatrienal de una asociación, en cuya sesión científica tuvieron cabida muchos temas alejados de los inicios del fenómeno cruzado.

Las fechas de 1095 y 1099 no han pasado totalmente desapercibidas en España. En noviembre de 1995, y en el marco de la Residencia de Estudiantes, tuvieron lugar unas *Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada* en Madrid, auspiciadas por la Universidad Autónoma; lógicamente se centraron en los orígenes del movimiento cruzado, abarcando aspectos historiográficos, la reforma eclesiástica y su interrelación con la guerra santa, las posibles pre/protocruzadas en el ámbito centroeuropeo e italiano, la situación coetánea en el mediterráneo oriental y el impacto allí de las primeras expediciones latinas, las explicaciones economicistas del fenómeno, la teoría y realidad del proyecto, y, para finalizar, una síntesis que situaba la cruzada, la paz y la guerra en el horizonte de la Europa del siglo XI; tales fueron los apartados en que se articularon las quince contribuciones⁹. La Facultad de Huesca de la Universidad de Zaragoza acogió las *Segundas Jornadas* en 1999 bajo el expresivo título *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem*, que intentaba aunar los elementos escatológicos y terrenales que convergieron en la meta de la expedición cruzada inicial. Las seis sesiones cubrieron un amplio abanico

⁷ *Le Concile de Clermont de 1095 et l'appel à la Première Croisade. Actes du Colloque Universitaire International de Clermont-Ferrand (23-25 juin 1995) organisé et publié avec le concours du Conseil Régional d'Auvergne*, Roma, 1997.

⁸ *Op. cit.*, pp. XV-XVII.

⁹ LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después: el concilio de Clermont y los orígenes del movimiento cruzado*, Castellón, 1997.

de perspectivas: narrativa, temática, geográfica —el mundo del occidente mediterráneo, y específicamente el hispano, tuvo presencia destacada— y, junto a ellas, visiones historiográficas y artístico-literaria. Las actas se encuentran en proceso de publicación.

Los dos últimos testimonios escogidos son prueba de la vitalidad de la historiografía británica en este campo y de la preocupación actual por las fuentes que está suponiendo una auténtica renovación del legado positivista decimonónico, encarnado en figuras como Heinrich Hagenmeyer o en obras como el *Recueil des Historiens des Croisades*. El congreso que cada año reúne en Leeds a medievalistas de todo el mundo dedicó, en 1995, varias de sus sesiones a las cruzadas. Algunas de las contribuciones han visto con posterioridad la luz en una publicación específica de la que hemos seleccionado las partes dedicadas al concepto general y a la primera expedición y su cronística¹⁰. En la simbólica fecha del 25 noviembre 1995, el *London Centre for the Study of the Crusades* desarrolló un pequeño coloquio bajo el título «Deus Vult: The Origins and Impact of the First Crusades»; la mayor parte de sus nueve comunicaciones tocan de una manera más o menos directa las cuestiones que hoy en día suscitan los testimonios coetáneos cristiano-latinos, bizantinos o árabes, insistiendo en la pertinencia de fuentes hasta ahora desconocidas, ignoradas o relegadas a un papel secundario¹¹.

La selección recoge conmemoraciones celebradas en Francia, Reino Unido y España. Desde luego, no fueron las únicas. El concilio de Piacenza, concebido como antecedente de un proyecto que habría de adquirir forma meses después en el sínodo de Clermont, fue el eje en Italia de dos reuniones científicas, cuyos textos han sido publicados¹². Los pogromos de la primavera de 1096 en ciudades renanas han sido objeto de tratamiento específico en un encuentro que tuvo lugar en Alemania, aunque también las Jornadas de Madrid de 1995 les dedicaron atención¹³. Dos grandes exposiciones han posibilitado el contacto entre especialistas y un público más amplio, que pudo seguir el material presentado a través de sendos catálogos, espléndidos ambos, con contribuciones monográficas de los principales historiadores en este campo. En 1997 Toulouse y Roma acogieron una muestra sobre las cruzadas en su periodo clá-

¹⁰ ALAN V. MURRAY, *From Clermont to Jerusalem. The Crusades and Crusader Societies, 1095-1500*, Turnhout, Brepols, 1998.

¹¹ J. PHILIPS, ed., *op. cit.*, vid. supra nota 1.

¹² P. RACINE, ed., *Piacenza e la prima crociata*, Reggio Emilia, 1995; *Il Concilio di Piacenza e le Crociate*, Piacenza, 1996.

¹³ *Der Erste Kreuzzug 1096 und seine Folgen: Die Verfolgung von Juden im Rheinland*, Düsseldorf, 1996. JULIO VALDEÓN BARUQUE, «El movimiento cruzado y las actitudes antisemitas», en Luis García-Guijarro Ramos ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 213-220.

sico, entre Urbano II y San Luis ¹⁴. Dos años después tuvo lugar en Jerusalén otra exhibición, restringida a la presencia cruzada en aquel Reino ¹⁵. Las revistas de divulgación histórica, especialmente las francesas, han adentrado en los temas cruzados al gran público interesado ¹⁶. Semanarios de información general y diarios también han ofrecido sus páginas a los historiadores para señalar la efemérides ¹⁷.

Desde la reunión de expertos hasta el artículo de periódico hemos podido apreciar cómo la Primera Cruzada, y por extensión todas, han recibido una atención especial con ocasión del novecientos aniversario de su inicio. Como observaremos de inmediato, los coloquios han sido el medio por el que, de una manera sintética y variada, las grandes innovaciones historiográficas recientes han emergido con fuerza.

DE VUELTA A LAS FUENTES: NUEVOS ENFOQUES

Nuestra percepción de la Primera Cruzada ha quedado conformada hasta fechas recientes primordialmente por narraciones fruto de cuatro testigos oculares de los hechos, Raimundo de Aguilers, Pedro Tudebodo, Fulquerio de Chartres y el autor anónimo de los *Gesta Francorum* ¹⁸, redacción esta última que influyó sobremanera en escritores coetáneos y

¹⁴ MONIQUE REY-DELQUÉ, ed., *Les croisades, l'Orient et l'Occident d'Urbain II à Saint-Louis (1096-1270)*, Milan-Toulouse, 1997; también apareció en versión italiana con el título *Le Crociate, l'Oriente e l'Occidente da Urbano II a San Luigi (1096-1270)*.

¹⁵ SILVIA ROZENBERG, ed., *Knights of the Holy Land. The Crusader Kingdom of Jerusalem*, Jerusalén, 1999.

¹⁶ «Croisades: légendes et contreverités», *Historia (Special)* núm. 39 (enero-febrero 1996); «Le temps des croisades», *Les Collections de L'Histoire*, núm. 4 (febrero 1999); «Guerres saintes ou pèlerinages? Les croisades», *Notre Histoire*, núm. 127 (noviembre 1995); «Morir por Jerusalén», *La Aventura de la Historia*, núm. 7 (mayo 1999), pp. 43-67.

¹⁷ Un ejemplo: JONATHAN RILEY-SMITH, «Reinterpreting the Crusades», en *The Economist*, núm. 7946 (23 diciembre-5 enero 1996), pp. 35-39.

¹⁸ RAIMUNDO DE AGUILERS, «Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem», en *Recueil des Historiens des Croisades. Historiens Occidentaux (RHC Occ. a partir de ahora)*, t. III, París, 1866, pp. 231-309; edic. moderna a cargo de JOHN H. HILL y LAURITA L. HILL con el título *Le «Liber» de Raymond de Aguilers*, París, 1969; trad. al inglés de los mismos autores, *Historia Francorum qui ceperunt Iherusalem*, Filadelfia, 1968. PEDRO TUDEBODO, «Historia de Hierosolymitano itinere», en *RHC Occ.*, t. III, pp. 1-117; edic. moderna a cargo JOHN H. HILL y LAURITA L. HILL, París, 1977; trad. al inglés de los mismos autores, Filadelfia, 1974. FULQUERIO DE CHARTRES, «Historia Iherosolimitana», en *RHC Occ.*, t. III, pp. 311-485; HEINRICH HAGENMEYER, ed., *Fulcheri Carnotensis Historia hierosolymitana*, Heidelberg, 1913; trad. al inglés de MARTHA E. MACGINTY, *Fulcher of Chartres, Chronicle of the First Crusade*, Filadelfia, 1941. HEINRICH HAGENMEYER, ed., *Anonymi Gesta Francorum et aliorum Hierosolimitanorum*, Heidelberg, 1890; ROSALIND HILL, ed. y trad. al inglés, Londres, 1962; trad. francesa a cargo de AUDE MATIGNON, *La Geste de Francs: Chronique anonyme de la Première Croisade*, París, 1992.

posteriores, aunque no hasta el punto de determinar por completo sus informaciones, que poseen mayor valor intrínseco del atribuido hasta el momento, como señala John France¹⁹. La lectura *post eventum* de los hechos, que aporta un tono de inevitabilidad a todos estos relatos, redactados desde la sensación exultante de triunfo por la conquista de Jerusalén, puede ser corregida por el epistolario de participantes en la expedición, del que contamos con la edición clásica de Heinrich Hagenmeyer y al que ha dedicado un estudio Susan Edgington²⁰. También la diplomática del periodo, partiendo de la mayor expresividad que incorporan los documentos del siglo XI y de la utilización de un hecho de amplio impacto, la cruzada, como referente, aporta una visión no distorsionada por la consecución de la meta fijada en Clermont. Marcus Bull sintetiza las posibilidades de esta vía de acercamiento²¹, sobre cuya trascendencia Giles Constable puso sobreaviso hace años, camino que han seguido Jonathan Riley-Smith y algunos de sus discípulos en una relectura del impulso cruzado desde la óptica del sentir de los participantes recogido en cartularios monásticos básicamente franceses²². Documentación eclesiástica occidental, en concreto un texto referido a la traslación de reliquias al monasterio de Cormery, cercano a Tours, permite a Jonathan Shepard aportar luz sobre temas tan aparentemente alejados de la fuente como la instigación de Alejo Comneno a la cruzada, el contexto político-militar en que se movía en vísperas de ella, la relación previa que mantenía con latinos o el fondo del progresivo rechazo hacia su persona de los líderes de la expedición²³.

Los aspectos anteriores son breve y claramente sintetizados por Susan Edgington en una contribución generalizadora sobre la base docu-

¹⁹ JOHN FRANCE, «The Use of the Anonymous *Gesta Francorum* in the Early Twelfth-Century Sources for the First Crusade», en ALAN V. MURRAY, ed., *op. cit.*, pp. 29-39.

²⁰ HEINRICH HAGENMEYER, *Epistulae et chartae ad historiam primi belli sacrae spectantes quae supersunt aevo aequales ac genuinae: Die Kreuzzugsbriefe aus den Jahren 1088-1100. Eine Quellensammlung zur Geschichte des Ersten Kreuzzuges*, Innsbruck, 1901. SUSAN EDGINGTON, «The Crusaders Write Home: The Experience of the First Crusade as Described in Participants' Letters», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem. Actas de las Segundas Jornadas Internacionales sobre la Primera Cruzada (Huesca, 7-11 de septiembre de 1999)*, Zaragoza (en prensa).

²¹ MARCUS BULL, «The diplomatic of the First Crusade», en Jonathan Philips ed., *op. cit.*, pp. 35-54.

²² GILES CONSTABLE, «Medieval Charters as a Source for the History of the Crusades», en PETER W. EDBURY, ed., *op. cit.*, pp. 73-89; JONATHAN RILEY-SMITH, «The Idea of Crusading in the Charters of Early Crusaders, 1095-1102», en *Le concile de Clermont...*, pp. 155-166; IDEM, *The First Crusaders, 1095-1131*, Cambridge, 1997; MARCUS BULL, *Knightly Piety and the Lay Response to the First Crusade. The Limousin and Gascony, c. 970-c. 1130*, Oxford, 1993.

²³ JONATHAN SHEPARD, «Cross-purposes: Alexius Comnenus and the First Crusade», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 107-129.

mental de la Primera Cruzada; el centro de gravedad de su exposición reside, sin embargo, en la ponderación de una crónica desdeñada hasta el presente por provenir de un clérigo renano que jamás estuvo en Oriente Próximo, Alberto de Aquisgrán²⁴. Al valor de su *Historia Iherosolimitana* dedica la autora otro texto²⁵. El cronista germano ofrece una perspectiva lorenesa e imperial que equilibra el sesgo franco y papal de la mayoría de las otras narraciones coetáneas; en su gran extensión, es el relato más voluminoso de todos, acoge detalles de cualquier tipo, sólo mencionados por él, que enriquecen el hilo expositivo²⁶; es imprescindible para todo lo relativo al contingente de Godofredo de Bouillon y, a pesar de su devoción por el duque de la Baja Lorena, muestra siempre juicios equilibrados; Guillermo de Tiro percibió la riqueza de la *Historia*, que constituyó apoyatura fundamental para los libros iniciales de su gran obra. La apasionada y convincente defensa de esta fuente, a la que Susan Edgington ha dedicado buena parte de su vida intelectual, nos lleva a esperar con ansiedad su edición y traducción, que, realizada por dicha historiadora británica, aparecerá próximamente en la colección *Oxford Medieval Texts*²⁷.

Alberto de Aquisgrán está también presente, como protagonista o de forma indirecta, en otras contribuciones relativas a la base documental. Alec Mulinder estudia las cifras de los contingentes y de los combatientes en las expediciones de 1101 aportadas por el cronista, destacando su carácter, tendente a expresar orden de magnitud más que cifras absolutas, y su verosimilitud mayor que la de otros testimonios que poseemos²⁸. La crítica de la validez de la *Crónica de Zimmern* como fuente de la primera expedición occidental, aunque sí es considerada testimonio valioso de su percepción en zonas alemanas durante la Baja Edad Media y temprana modernidad, conduce a Alan V. Murray a realzar la importan-

²⁴ SUSAN EDGINGTON, «The First Crusade: reviewing the evidence», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 55-77.

²⁵ SUSAN EDGINGTON, «Albert of Aachen Reappraised», en ALAN V. MURRAY, *op. cit.*, pp. 55-67.

²⁶ Aunque otros cronistas latinos, Raimundo de Aguilers, Fulquerio de Chartres o Baudri de Bourgueil, se hacen también eco de la utilización de palomas mensajeras por los musulmanes, Alberto de Aquisgrán informa del uso más temprano de ellas que recoge la cronística occidental. Tal fue el medio utilizado por los enviados del emir de Azaz para comunicar a su señor, a fines del verano de 1098, la disposición de Godofredo de Bouillon a ayudarle en su revuelta contra Ridwan de Alepo (SUSAN EDGINGTON, «The Doves of War. The part played by carrier pigeons in the crusades», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 167-175).

²⁷ La única edición existente ahora es la incluida en el *Recueil*: «Historia Hierosolimitana», en *RHC Occ.*, t. 4, París, 1879, pp. 265-713.

²⁸ ALEC MULINDER, «Albert of Aachen and the Crusade of 1101», en ALAN V. MURRAY, ed., *op. cit.*, pp. 69-77.

cia de la *Historia* de Alberto de Aquisgrán, «el único relato completo y fiable que trata la cruzada desde la óptica germana»²⁹.

La figura de Pedro el Ermitaño viene siendo reivindicada últimamente como elemento clave en el desencadenamiento del fenómeno y como decidido mantenedor de su carácter santo³⁰. La imagen clásica que nos legó la monografía de Heinrich Hagenmeyer se sustenta en los datos ofrecidos por las primeras crónicas y por aquéllas redactadas después en círculos monásticos del norte de Francia (Guiberto de Nogent, Baudri de Bourgueil y Roberto de Reims)³¹. Para todos ellos, Pedro el Ermitaño fue un protagonista secundario, hacia el que, en algunos casos, se mostró hostilidad. En cambio, Alberto de Aquisgrán elevó al monje a un nivel sólo inferior al de Godofredo de Bouillon y le dedicó amplio espacio en su narración; a través de ella podemos seguir el discurrir de la llamada «cruzada popular» y su aniquilación en Nicea con un detalle ausente en otros escritos; aporta asimismo interesantes matizaciones sobre la embajada de los latinos sitiados en Antioquía a Kerbogha, atabek de Mosul; por último, sólo en sus páginas se menciona la petición de ayuda de los cristianos de Jerusalén expuesta por Pedro a Urbano II, información desdeñada como legendaria desde el siglo XIX, pero que está siendo ahora reevaluada³².

Baudri, abad de Bourgueil y obispo de Dol, finalizó en torno a 1107 una *Historia Jerosolimitana*; forma parte de las crónicas escritas en occidente con posterioridad a los hechos reseñados, basándose en las narraciones previamente redactadas por testigos presenciales y enriqueciéndolas literaria y teológicamente, con lo cual ofrecían una versión final de los acontecimientos transcurridos entre 1095 y 1099 adecuada a la

²⁹ ALAN V. MURRAY, «The Chronicle of Zimmern as a source for the First Crusade. The evidence of MS Stuttgart, Württembergische Landesbibliothek, Cod. Don. 580», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 78-106.

³⁰ Merece la pena destacar la obra reciente de JEAN FLORI a este respecto (*Pierre l'Ermite et la Première Croisade*, París, 1999).

³¹ HEINRICH HAGENMEYER, *Peter der Eremit. Ein kritischer Beitrag zur Geschichte des ersten Kreuzzuges*, Leipzig, 1879. GUIBERTO DE NOGENT, «Gesta Dei per Francos», en *RHC Occ.*, t. 4, pp. 113-263; edición reciente de ROBERT H. C. HUYGENS, *Dei gesta per Francos*, Turnhout, 1996; trad. inglesa de ROBERT LEVINE, *The Deeds of God through the Franks. A Translation of Guibert de Nogent's Gesta Dei per Francos*, Woodbridge, 1996; trad. francesa de MONIQUE-CÉCILE GARAND, *Geste de Dieu par les Francs. Histoire de la première croisade*, Turnhout, 1998. BAUDRI DE BOURGUEIL, «Historia Jerosolimitana», en *RHC Occ.*, t. 4, pp. 1-111. ROBERTO DE REIMS, «Historia Iherosolimitana», en *RHC Occ.*, t. 3, pp. 717-882; trad. alemana de BARBARA HAUPT, *Historia Hierosolymitana von Robertus Monachus in deutscher Übersetzung*, Wiesbaden, 1972.

³² COLIN MORRIS, «Peter the Hermit and the chroniclers», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 21-34.

ideología eclesial³³. En el tránsito del siglo XII al XIII apareció una versión francesa de aquélla, cuyo texto va a editar Peter R. Grillo y de cuyos rasgos fundamentales nos ha informado³⁴. Se trata más de una adaptación como canción de gesta de la crónica original que de una traducción literal, por lo cual se la puede incluir dentro de una trayectoria de la que formaría parte la *Historia vie Hierosolimitane*, compuesta por Gilon de París antes de 1110, versión a la que incorporó adiciones un continuador y que ha sido estudiada en 1995 por Chris W. Grocock y editada, con traducción al inglés, por dicho autor junto a Elizabeth Siberry en 1997³⁵. Por supuesto, la *Chanson d'Antioche* constituye el ejemplo más relevante de este tipo de epopeya; la última edición data de hace veinte años, si bien tenemos una versión reciente en francés moderno³⁶.

James M. Powell ha estudiado la consideración de la Primera Cruzada entre mediados del siglo XII y fines del doscientos, es decir, en una época en que los sucesos acaecidos entre 1095 y 1099 habían ya cristalizado en la memoria, analizando no sólo el tipo, sino la razón de ese recuerdo. Incorpora el mito y la leyenda, de los que es expresión la *Chanson d'Antioche*, cuya versión más temprana es de la década de 1140, como forma de transmisión del pasado complementaria y más popular que la narrativa histórica, la cual tenía un campo de impacto reducido a la nobleza eclesiástica y laica, aunque compartía similar voluntad de propaganda. Los dos aspectos, ámbito para el que se produce la cronística y lectura que se hace en ella de la Primera Cruzada como parte de la historia de la salvación, no son suficientemente tenidas en cuenta por estimaciones presentes sobre este tipo de historiografía, que es calibrada según patrones de trabajo intelectual actuales³⁷.

³³ JONATHAN RILEY-SMITH, *The First Crusade and the idea of crusading*, Londres, 1986, pp. 135-152; este capítulo recibe el expresivo título de «Theological refinement».

³⁴ PETER R. GRILLO, «Vers une édition du texte français de l'*Historia Jerosolimitana* de Baudri de Dol», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 9-16.

³⁵ CHRIS W. GROCOCK, «L'aventure épique: le traitement poétique de la première Croisade par Gilon de Paris et son continuateur», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 17-28; C. W. GROCOCK y ELIZABETH J. SIBERRY, eds. y trads., *The «Historia Vie Hierosolimitane» of Gilo of Paris*, Oxford, 1997.

³⁶ S. DUPARC-QUIOC, ed., *Chanson d'Antioche*, 2 vols., París, 1977 y 1978; MICHELINE DE COMBARIEU DU GRÈS, trad., «La Chanson d'Antioche», en DANIELLE RÉGNIER-BOHLER, ed., *Croisades et pèlerinages. Récits, chroniques et voyages en Terre Sainte XIIe-XVIe siècle*, París, 1997, pp. 24-169.

³⁷ JAMES M. POWELL, «Myth, Legend, Propaganda, History: The First Crusade, 1140-ca.1300», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 127-141.

VEROSIMILITUD O FALSEDAD DE LOS CÁNONES DE CLERMONT Y ANTIOQUÍA

Concluimos el tratamiento de las fuentes con un apasionante y discutible texto de Rudolf Hiestand, conocido especialista en la documentación papal sobre la que ha publicado algunos volúmenes en las conocidas *Papsturkunden* ³⁸. La aportación de este historiador a la reunión de la *SSCLE* en Clermont se centró en un análisis de la autenticidad o falsedad de los cánones de Clermont y Antioquía sobre la organización secular y eclesiástica de los estados cruzados ³⁹. La determinación en uno u otro sentido afecta a la comprensión del movimiento en sus inicios, pues concierne a la acción hipotética de la sede apostólica más allá de la mera convocatoria, esbozando una planificación del desarrollo de la expedición. Por ello, le vamos a dedicar una atención especial y a seguir paso a paso el hilo argumental.

Es bien conocido que no existe texto canónico completo y definitivo de las disposiciones de Clermont. Robert Somerville ha conjuntado las distintas informaciones que poseemos sobre sus decisiones ⁴⁰; su intervención en Madrid versó sobre el conocimiento acerca de la cruzada que los cánones dispersos y variados de dicha asamblea pueden ofrecer; en Huesca realizó síntesis similar para sínodos posteriores y anteriores al de noviembre de 1095 convocados por Urbano II ⁴¹. En ambas ocasiones, Somerville insistió en que, incluso en los concilios de los que se posee mayor número de decretos, caso del propio Clermont, no podemos excluir la existencia de otros desconocidos. Este es precisamente el caso que nos vamos a plantear.

Al tratar de las disputas entre los patriarcados de Antioquía y de Jerusalén sobre Tiro, tras la conquista de esta ciudad en 1124, Fulquerio de Chartres comenta en su crónica que esta última dignidad argumentaba privilegios papales frente a los antiguos límites eclesiásticos bizantinos aducidos por la sede antioquena; el redactor hace mención acto se-

³⁸ RUDOLF HIESTAND, *Papsturkunden für Templer und Johanniter*, 2 vols., Gotinga, 1972 y 1984; IDEM, *Papsturkunden für Kirchen im Heiligen Lande*, Gotinga, 1985.

³⁹ RUDOLF HIESTAND, «Les canons de Clermont et d'Antioche sur l'organisation ecclésiastique des Etats croisés, authentiques ou faux?», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 29-37.

⁴⁰ ROBERT SOMERVILLE, *The Councils of Urban II. Volume I. Decreta Claromontensia*, Amsterdam, 1972.

⁴¹ ROBERT SOMERVILLE, «Clermont 1095: Crusade and Canons», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 63-77; IDEM, «The Crusades in the Councils of Urban II Beyond Clermont», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

guido de la aprobación unánime en Clermont de la adjudicación de tierras en oriente a quien las conquistare, concesión que vuelve a hacer el concilio de Antioquía bajo la presidencia del legado papal Ademaro de Puy⁴². Por otra parte, el cartulario del Santo Sepulcro incluye un texto compuesto de dos noticias diferentes por su cronología y contenido inmediato: la primera hace referencia al límite fluvial establecido entre el reino de Jerusalén y el principado de Antioquía por el legado apostólico con el consejo de los principales tras la ocupación de esta ciudad, lo cual constriñe la decisión, igual que el sínodo aludido por Fulquerio de Chartres, al periodo entre el 28 de junio y el 1 de agosto de 1098, fechas de la victoria definitiva sobre Kerbogha y de la muerte de Ademaro; la segunda, datada en 1113 en Benevento donde se celebraba concilio, da cuenta de la contestación papal a la petición de los nuncios de patriarca y príncipe antioquenos, que reclamaban la restitución de los derechos de su Iglesia; la respuesta específica que era conocido el decreto de Urbano II en Clermont, por el que las iglesias situadas en zonas tomadas por los latinos quedarían encuadradas en las demarcaciones laicas de quienes hubieran conquistado dichas tierras⁴³. La determinación de Pascual II aparece con idénticos términos en un manuscrito del siglo XII proveniente de la Iglesia de Sidón; líneas antes, el tenor de la reclamación aparece más desarrollado aquí⁴⁴.

Toda la base documental anterior informa, pues, de una disposición pontificia en Clermont que otorgaría los territorios orientales a quienes los conquistaren, adecuando, además, la geografía eclesiástica a la nueva realidad política con independencia de los límites existentes con anterioridad a la ocupación musulmana; este estado de cosas habría quedado confirmado en un concilio celebrado en Antioquía nada más asegurar el control sobre la ciudad; asimismo, el propio legado Ademaro de Puy habría fijado los límites entre las dos entidades políticas latinas, el principado y el reino de Jerusalén. Esta última determinación es evidentemente falsa, pues nada en el verano de 1098 hacía prever semejante distribución territorial. Hiestand sugiere con sagacidad que se trata de una reelaboración de un documento original que marcaba la frontera al sur de Antioquía entre territorio bizantino y zonas de susceptible expansión latina, elaborado una vez reafirmada la posesión de esta plaza y ante la eventualidad de su entrega a Alejo Comneno según los acuerdos suscritos con

⁴² FULQUERIO DE CHARTRES, *op. cit.*, ed. Heinrich Hagenmeyer, III.XXXIV.14-15, pp. 739-741.

⁴³ GENEVIÈVE BRES-CBAUTIER, ed., *Le cartulaire du chapitre du Saint-Sépulchre de Jérusalem*, París, 1984, doc. núm. 89, pp. 203-204.

⁴⁴ RUDOLF HIESTAND, *Papsturkunden für Kirchen im Heiligen Lande*, doc. núm. 15, pp. 119-121.

los líderes cruzados en Constantinopla. La manipulación habría alterado los protagonistas, sancionando así el derecho del reino de Jerusalén al control de espacios septentrionales y anulando en consecuencia la posibilidad de existencia legal de una nueva entidad política, el condado de Trípoli⁴⁵. Hiestand presupone que la explicitación de los límites por el legado es el canon de Antioquía al que hace referencia Fulquerio de Chartres y que ratifica, según este cronista, el decreto de Clermont. Esta suposición le lleva, además, a considerar espuria toda la información de Fulquerio sobre las dos disposiciones conciliares. La identificación entre delimitación de territorios y canon no creo pueda ser aceptada sin más, pues la noticia del cartulario referida al primer asunto habla no de concilio, sino de una medida adoptada *prudenti optimatum usus consilio*, es decir, oído el parecer de los líderes de la expedición cruzada, lo cual no parece que tenga nada que ver con un sínodo⁴⁶. Por tanto, la ratificación en Antioquía de una hipotética decisión tomada en Clermont respecto a la pertenencia de las zonas conquistadas no queda necesariamente en entredicho.

Las reservas de Hiestand respecto a la propia disposición de Clermont no son textuales. La información sobre la respuesta papal de Benevento emerge de dos fuentes distintas, circunstancia que parece otorgarles verosimilitud, aunque, eso sí, ambas proceden de la Iglesia del reino de Jerusalén, lo que, según los criterios utilizados por el estudioso alemán, podría someterlas a sospecha. Las reticencias provienen de lo que el historiador considera incongruencias históricas desde apreciaciones que son susceptibles de crítica. Según Hiestand, el canon atribuido a Urbano II presupondría una «anticipación extraordinaria» por parte del propio pontífice y de la asamblea, ya que es dudoso que el papa hablara en Clermont «de Jerusalén como objetivo político y militar de la empresa», resulta contradictorio el carácter piadoso de la expedición con la previsión de conquistas y de disputas sobre demarcaciones eclesiásticas, y, por último, parece difícil imaginar luchas territoriales entre laicos cuando sólo un gran noble, Raimundo de Tolosa, había confirmado su adhesión⁴⁷. La primera duda queda desvanecida por las tres menciones conciliares a la cruzada, cuyo objetivo claramente se sitúa en Jerusalén⁴⁸; de ellas, quizás la más conocida es el canon que otorga indulgencia de penitencias a quienes participaran en ella, el cual, por cierto, aparece citado al comienzo del escrito de Hiestand⁴⁹. La remisión de las penas se otorga a *quicum-*

⁴⁵ RUDOLF HIESTAND, «Les canons de Clermont et d'Antioche ...», p. 36.

⁴⁶ GENEVIÈVE BRESCH-BAUTIER, *Le cartulaire ...*, doc. núm.89, p. 203.

⁴⁷ RUDOLF HIESTAND, «Les canons de Clermont et d'Antioche ...», p. 32.

⁴⁸ ROBERT SOMERVILLE, «Clermont 1095 ...», pp. 64-65, texto y notas 6-8.

⁴⁹ RUDOLF HIESTAND, «Les canons de Clermont et d'Antioche ...», p. 29.

*que pro sola devotione, non pro honoris vel pecunie adeptione, ad liberandam ecclesiam Dei Hierusalem profectus fuerit*⁵⁰; la meta no puede aparecer con mayor claridad, aunque el objetivo no se entendía entonces, a diferencia del siglo XII, como mero lugar geográfico sacro, sino específicamente como Santo Sepulcro, en la línea de las visitas a las tumbas de aquéllos preclaros por su santidad que caracterizó a la peregrinación cristiana desde sus inicios⁵¹. La devoción, que había de estar en la base de la liberación terrenal de la ciudad celeste, no podía estar reñida con medios para asegurar el control posterior cristiano-latino, lo cual difícilmente se conseguiría sin algún tipo de disposición territorial que se adelantara, además, a posibles discrepancias entre los componentes nobiliarios a quienes iba dirigida la apelación papal; es poco razonable pensar que Urbano II estimara entonces que la contribución de la alta nobleza se iba a limitar al conde Tolosa.

Por tanto, lejos de incongruente, una disposición vaga sobre el futuro de tierras e iglesias conquistadas parece lógica y pertinente. Hiestand no lo estima así y salva el escollo de la afirmación papal en Benevento considerando que Pascual II utilizó un decreto de Clermont emitido para poner orden en la geografía eclesiástica hispana, afectada de múltiples controversias por el proceso expansivo sobre zonas musulmanas que se había acelerado en los decenios finales del siglo XI⁵². El texto de la asamblea gala, podado de referencias espaciales precisas, pudo ser utilizado por Balduino I en el reino de Jerusalén al menos después de 1110, en el momento en que las conquistas de Sidón y de Beirut corroboraban la expansión septentrional del reino y propiciaban conflictos de jurisdicción con otros estados latinos; eco de esa utilización sería la referencia comentada de Fulquerio de Chartres, realizada, como acabamos de ver, al hilo de las pugnas entre los patriarcados de Antioquía y de Jerusalén tras la toma de Tiro. Según Hiestand, Pascual II, desde luego, recurrió a la fórmula arbitrada en Clermont para solucionar problemas eclesiásticos del otro extremo del mediterráneo. Somerville estudia el tema desde una perspectiva textual y conciliar, pero no llega a las mismas conclusiones; reconoce, como es lógico, las dudas que suscita, pero no descarta la

⁵⁰ ROBERT SOMERVILLE, *The Councils of Urban II ...*, p. 74.

⁵¹ SYLVIA SCHEIN, «Jérusalem. Objectif originel de la première croisade?», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 119-126. Fernando Galtier Martí analizó en Huesca el año 1999 la trayectoria arquitectónica del edificio del Santo Sepulcro, mientras Lourdes Diego Barrado esbozó en las mismas Jornadas los rasgos de las peregrinaciones hasta el año mil («El Santo Sepulcro de Jerusalén: el *martyrium* emblemático para la ciudad irredenta», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa); «Las grandes peregrinaciones en el primer milenio cristiano», en IDEM, *op. cit.*

⁵² RUDOLF HIESTAND, «Les canons de Clermont et d'Antioche ...», pp. 34-36.

posibilidad de que Pascual II tuviera acceso a un compendio de las actas de Clermont que incluyera canon tan controvertido⁵³.

EL LEGADO INTERPRETATIVO DE CARL ERDMANN Y SUS CRÍTICOS

La argumentación aportada por Hiestand resulta forzada e innecesaria; parece ser la salida artificial a incongruencias inexistentes, según hemos podido apreciar. De cualquier manera devalúa la impronta papal en los orígenes y desarrollo inicial de la cruzada, enmarcándose así dentro de toda una línea historiográfica reciente que está teniendo su máxima expresión en el mundo anglosajón. La crítica realizada por Jonathan Riley-Smith en 1995 en Madrid de los pilares de la obra de Carl Erdmann, que significó un antes y un después de los estudios cruzados en el siglo XX, resume bien ese giro interpretativo⁵⁴. El historiador británico sintetiza el pensamiento del estudioso alemán en cinco puntos: la aceptación de la violencia por la Iglesia en el siglo XI; la búsqueda de las raíces cruzadas en fenómenos como la Paz de Dios, la reconquista hispana o la aparición de los *fideles beati Petri*; la consideración del movimiento cruzado como extensión de los enfrentamientos derivados de la Querella de las Investiduras; el control de la sede apostólica sobre él; finalmente, un concepto de cruzada enormemente vago⁵⁵. Riley-Smith discrepa de cada uno de estos aspectos. La Iglesia no fue globalmente hostil a la guerra antes del año mil; la Paz de Dios no puede ser considerada antecedente de la cruzada y no deben leerse en tal sentido los decretos relativos a aquélla emanados de los sínodos franceses de 1095 y 1096, pues se trataba sin más de medidas para proteger los bienes de quienes partían; la respuesta positiva de éstos obedeció menos a la incidencia de la ideología eclesiástica que les convertía en protagonistas de la guerra santa que a motivaciones propias —de hecho, la debilidad de las propuestas del círculo papal reformista se pone de manifiesto en la falta de certeza generalizada sobre la consideración de mártires de quienes perecían en las contiendas—; por último, la imprecisión de la idea de cruzada, en la que ca-

⁵³ ROBERT SOMERVILLE, «Clermont 1095 ...», pp. 75-77.

⁵⁴ CARL ERDMANN, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*, Stuttgart, 1935; ed. y trad. inglesa de MARSHALL W. BALDWIN y WALTER GOFFART bajo el título *The Origin of the Idea of Crusade*, Princeton, 1977. JONATHAN RILEY-SMITH, «Erdmann and the Historiography of the Crusades, 1935-1995», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 17-29.

⁵⁵ JONATHAN RILEY-SMITH, *op. cit.*, pp. 17-18.

bían tanto la lucha contra el emperador alemán como la meta de Jerusalén, contrasta con la exactitud que implica su concepción como peregrinación armada que obviamente le confiere Urbano II⁵⁶. Aunque aceptáramos sin más todas estas apreciaciones, lo cual no es el caso, habremos de convenir que conciernen sólo a elementos de la construcción explicativa de Erdmann, cuyo eje de fondo, la interrelación reforma eclesiástica-cruzada permanece intacto, por lo que no puede ser compartida la opinión de que «su valor como trabajo de interpretación es ahora limitado»⁵⁷. Jean Flori acierta cuando tilda esta crítica de «excesiva»⁵⁸.

En efecto, las argumentaciones de Riley-Smith son susceptibles de contracritica. Es obvio que, con anterioridad a mediados del siglo XI, hay signos de aprobación eclesiástica de la lucha armada —los pontífices León IV y Juan VIII en el siglo IX o León IX a resultas de la derrota de Civitate en 1053, por ejemplo—, pero éstas son actitudes *ad hoc* para hacer frente a situaciones concretas de peligro —sarracenos, húngaros y vikingos— o bien para premiar a quienes habían sucumbido ante los normandos del sur de Italia; en modo alguno constituyen una teología elaborada de la guerra como camino de salvación, articulación que sólo emerge posteriormente en los pontificados de Gregorio VII, Víctor III y Urbano II, como bien desarrolla John Cowdrey en su contribución a las Jornadas de Huesca en 1999, donde, asimismo, se distancia de la opinión historiográfica prevaleciente de un tránsito de la «guerra justa» a la «guerra meritoria», es decir, de la idea agustiniana a la idea reformadora de la violencia tolerada; una *question mal posée*, precisa Cowdrey, quien sostiene la tesis de una complementariedad e interacción más que de una sustitución, las cuales habría tenido lugar bien entrado el siglo XII, pues con anterioridad la doctrina agustiniana carecía de sistematización canónica e, incluso, de incidencia —es difícil encontrar algún rasgo de San Agustín en las cartas de Gregorio VII⁵⁹—.

En las Jornadas de Madrid, celebradas en 1995, John Cowdrey trató el tema opuesto y concomitante de la paz desde la perspectiva de distintas manifestaciones en el siglo XI de la búsqueda milenaria de *concordia, caritas, dilectio y pax*, concentradas en cuatro coyunturas sucesivas que directamente no condujeron a la cruzada, aunque sí establecieron el clima que la hizo posible, lo cual supone un matiz decisivo a la descalificación radi-

⁵⁶ JONATHAN RILEY-SMITH, *op. cit.*, pp. 18-29.

⁵⁷ JONATHAN RILEY-SMITH, *op. cit.*, p. 18.

⁵⁸ JEAN FLORI, «De Clermont à Jérusalem ...», p. 443.

⁵⁹ HERBERT EDWARD JOHN COWDREY, «New Dimensions of Reform: War as a Path to Salvation», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

cal avanzada por Riley-Smith en el mismo coloquio ⁶⁰. Las asambleas de Paz y Tregua, cuya vida activa discurrió entre las décadas de 970 y de 1030, constituyen el primer jalón; el segundo se centra en las actuaciones en pro de la paz del emperador Enrique III, especialmente en los años 1043-1044; las aspiraciones de Gregorio VII en su relación con el reino de Francia y con el imperio germano forman el tercer estadio, mientras los propios esfuerzos de Enrique IV por establecer una paz monárquica delimitada geográficamente, *Landfrieden*, culminados en 1103, conforman el cuarto punto. Esta política imperial es coetánea de la voluntad papal en Clermont de coordinar una paz general a la cristiandad que ratificara el papel central de la Iglesia de Roma a este respecto. Las apreciaciones de John Cowdrey son, en conjunto, más sutiles que las cortantes de Riley-Smith: «la contribución directa [de la Paz de Dios] a la Cruzada fue limitada; dispuso el escenario, pero no jugó un papel protagonista» ⁶¹.

Vicente Ángel Álvarez Palenzuela sintetizó en las Jornadas de Madrid los rasgos esenciales de la reforma eclesiástica —concepto, papel de Cluny y de otras iniciativas, situación en la península ibérica, objetivos y obstáculos, papado y praxis reformadora— ⁶². Meses antes en Clermont, John Cowdrey reflexionó sobre la interrelación entre Roma, promotora de la reforma, y los orígenes de la cruzada; lo hizo a través de cuatro aspectos que, entre otros, condujeron a la sede apostólica a propiciar tal movimiento ⁶³. Desde los tiempos de León IX, y a pesar de los sucesos de 1054 que no supusieron gran trauma, Roma fue desarrollando un sentido de responsabilidad materna hacia Constantinopla que la hacían especialmente sensible a sus tribulaciones, sentimiento acentuado tras la catástrofe de Manzikert. Paralelamente, la figura de Constantino, ejemplo de emperador religioso y también proveedor de las reliquias de Tierra Santa existentes en la basílica lateranense, en especial un fragmento de la Santa Cruz, adquirió enorme prestigio que llevaba aparejado el recuerdo de Jerusalén. Los sucesos alemanes fortalecieron en Roma la percepción del papado como autoridad encargada de asegurar la paz y el orden en la cristiandad occidental y, por extensión, también en la oriental. Por último, desde Gregorio VII era perceptible la voluntad pontificia de reforma del sistema penitencial, insistiendo en la necesidad de con-

⁶⁰ H. E. J. COWDREY, «From the Peace of God to the First Crusade», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 51-61.

⁶¹ H. E. J. COWDREY, *op. cit.*, p. 61.

⁶² VICENTE ÁNGEL ÁLVAREZ PALENZUELA, «Sentido y alcance de la reforma eclesiástica», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después...*, pp. 33-50.

⁶³ H. E. J. COWDREY, «The Reform Papacy and the Origin of the Crusades», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 65-83.

versión para que el cumplimiento de las penas tuviera el valor de reintegrar al pecador plenamente a la gracia; esta línea de pensamiento subyace en el canon de Clermont, que asegura la remisión de la penitencia a quienes decidieran tomar el camino de Jerusalén sólo en el caso de que el viaje se emprendiera por devoción. Todos estos elementos que Cowdrey desarrolla, junto a otros que también señala, ponen de manifiesto el importante papel de la sede apostólica, inmersa en una trayectoria reformadora, en la génesis de la cruzada. Este es precisamente el leitmotiv de la obra de Erdmann; las afirmaciones de Riley-Smith acerca del escaso peso que Roma tuvo en las motivaciones de los participantes confunde lo que es incidencia inmediata y directa en cada caso con el clima general reformador que subyace a la realidad cruzada en general, del cual el papado fue eje y principal impulsor, aunque, desde luego, no el único.

Cluny favoreció las peregrinaciones, también la Paz y Tregua de Dios, e impulsó la idea de caballero cristiano; su intensa relación con la península ibérica, y, por tanto, con la lucha contra los musulmanes, estimuló su percepción de la guerra santa. Todos estos elementos, ampliamente conocidos y trasfondo indudable de la cruzada, han sido recordados por Giles Constable⁶⁴. Los orígenes del fenómeno han formado parte también de la reflexión de John France, quien en «nuevo examen» sobre esta cuestión, ha vuelto a reafirmar la trascendencia de la actuación de Urbano II, que supo integrar creativamente componentes tradicionales—Islam, Jerusalén, peregrinación— de por sí incapaces de innovación, generando un producto nuevo y atractivo para las noblezas europeas⁶⁵; es palpable la huella de Erdmann, por mucho que se disienta de determinadas concreciones suyas. En otro estudio, centrado en el enigma que supone el alto número de integrantes de la Primera Cruzada, este mismo autor ha situado la cuestión de la motivación y del compromiso individual a participar en una perspectiva del todo lógica: los lazos de dependencia y la fluidez social en el interior del conjunto heterogéneo que conocemos con el nombre de *milites*. La elección para un buen número quedaba ya determinada por la voluntad de sus señores; la gran movilidad de la sociedad de la segunda mitad del siglo XI propiciaba, además, las incorporaciones de los distintos contingentes a las redes señoriales⁶⁶.

⁶⁴ GILES CONSTABLE, «Cluny and the First Crusade», en *Le concile de Clermont de 1095...*, pp. 179-193.

⁶⁵ JOHN FRANCE, «Les origines de la Première croisade. Un nouvel examen», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 43-56.

⁶⁶ JOHN FRANCE, «Patronage and the appeal of the First Crusade», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 5-20.

EL AQUÍ Y EL AHORA DE CLERMONT 1095: APORTACIONES HISTORIOGRÁFICAS

Alfons Becker es el mayor especialista actual sobre el pontificado de Urbano II y, en consecuencia, la persona más apta para trazar su bien conocido recorrido por el sur y oeste de Francia en el año que transcurrió entre agosto de 1095 y el mismo mes de 1096, aunque el itinerario todavía puede deparar sorpresas, como nos muestra George T. Beech, en el doble sentido de visitas papales desconocidas y de tibieza ante los llamamientos en favor de la cruzada⁶⁷. El camino seguido por la comitiva evitó territorios dependientes del monarca, enfrentado entonces a la Iglesia por su unión irregular con Bertrada de Monfort. El viaje tuvo en sí un marcado carácter eclesiástico reafirmador de los principios reformadores, según expresó el propio pontífice en bula de 1096: *cum pro negotiis ecclesiasticis in Galias transissemus*⁶⁸; desde esta óptica correctiva hay que considerar determinadas instigaciones papales a la predicación, realizadas durante el trayecto y confundidas con frecuencia con la divulgación del proyecto cruzado, caso de la aparentemente recibida por Roberto de Arbrissel, futuro fundador de Fontevault⁶⁹. Sin embargo, para la posteridad, la estancia papal en tierras galas ha quedado asociada al concilio de Clermont y, sobre todo, al llamamiento emitido el 27 de noviembre al margen de las sesiones del sínodo. La perspectiva moderna, distorsionada por dos siglos de expediciones y de presencia latina en Oriente Próximo, ha encontrado en Clermont los inicios de un fructífero desarrollo posterior, pero, igual que el conjunto del viaje, Urbano II concibió la asamblea allí reunida como foro de difusión y recuerdo de la concepción eclesial romana más que como altavoz de una convocatoria singular.

Dentro de este contexto, es lógico que el coloquio organizado por las autoridades regionales el año 1095 se preguntara por qué dicha urbe en concreto fue escenario de un concilio y, más que nada, de alocución papal tan llamativa; si situamos esta última en un plano secundario ante el protagonismo de los temas eclesiásticos candentes y observamos la localización de los otros dos sínodos franceses del periplo papal, Tours y Nîmes, percibimos la voluntad pontificia de agrupar al mayor número de

⁶⁷ Su obra principal es una monografía sobre el pontífice: ALFONS BECKER, *Papst Urban II. (1088-1099)*, 2 vols., Stuttgart, 1964-1988; IDEM, «Le voyage d'Urbain II en France», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 127-140. GEORGE T. BEECH, «Urban II, the Abbey of Saint-Florent of Saumur, and the First Crusade», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 57-70.

⁶⁸ ALFONS BECKER, «Le voyage ...», p. 133.

⁶⁹ J. M. B. PORTER, «Preacher of the First Crusade? Robert of Arbrissel after the Council of Clermont», en ALAN V. MURRAY, ed., *op. cit.*, pp. 43-53.

eclesiásticos de la Galia meridional y central, reuniéndolos en tres puntos geográficos que, del noroeste al sureste del área visitada, casi en una perfecta diagonal, podían abarcar gran parte de tan amplio territorio. Las contribuciones esclarecedoras de la situación política, económica y social de Auvernia en dicho momento, de la configuración de la ciudad o de los rasgos de la diócesis de Clermont pueden ofrecer datos que ayuden a explicar por qué se escogió esa sede como punto estratégico y favorable de encuentro eclesiástico en la Francia central, antes que, por ejemplo, Puy, cabeza de una diócesis limítrofe, pionera de las peregrinaciones a Compostela, de sólida presencia cluniacense y actitud reformadora, activa promotora de la Paz de Dios y altamente involucrada desde el principio en los planes papales, como nos recuerda Christian Lauranson-Rosaz⁷⁰. La equidistancia pudo quizás también inducir al papa a seleccionar aquella ciudad como lugar de la proclama cruzada; de todas formas, cabría pensar si todo este tipo de reflexiones se hubieran realizado de haber sido Clermont tan sólo uno de los diez concilios generales convocados en el pontificado de Urbano II.

Clermont posee un doble e interrelacionado carácter eclesial y cruzado con clara prioridad del primer elemento. La reforma de impronta romana generó una concepción nueva de Iglesia, de la cual germinó un planteamiento innovador hacia el signo más llamativo del «mundo»: el pecado, del que participaban los cristianos transgresores y la *gens paganorum*. Tal es el tema que ha estudiado con densidad y detenimiento Jean-Hervé Foulon, desentrañando la semántica del primer canon del concilio de Clermont, uno de los escasos testimonios de eclesiología reformadora que poseemos para estas fechas⁷¹. La Iglesia es definida como *catholica, casta y libera*. Cada uno de estos atributos es interpretado por Foulon. La catolicidad expresa su carácter sacramental, siendo la unidad frente al cisma prevaleciente la que asegura la función mediadora condensada en los sacramentos; la castidad, lejos de una fácil lectura que la conecta al nicolaísmo, manifiesta la cualidad espiritual atenazada por la temporalidad en que se ve inmersa la Iglesia; la libertad sanciona la posición dicotómica frente al mundo. Estos rasgos se expresan mediante imágenes, siendo la de madre la más común, y suscitan interpretaciones diferentes sobre el peso de obispos y papa en la comunión apostólica; Urba-

⁷⁰ PIERRE CHARBONNIER, «L'Auvergne politique et sociale à la fin du XIe siècle», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 1-8; JEAN-LUC FRAY, «Clermont en 1095», en *op. cit.*, pp. 9-21; MICHEL AUBRUN, «Le diocèse de Clermont de la fin du XIe siècle au début du XIIe siècle», en *op. cit.*, pp. 23-32; CHRISTIAN LAURANSON-ROSAZ, «Le Velay et la croisade», en *op. cit.*, pp. 33-64.

⁷¹ JEAN-HERVÉ FOULON, «L'ecclésiologie du concile de Clermont: «Ecclesia sit catholica, casta et libera» », en *Le concile de Clermont ...*, pp. 85-125.

no II intentó decantar el centro de gravedad eclesial hacia la figura del sumo pontífice, receptor, a través de Pedro, de la plenitud de poder que delegaba en los obispos. Desde estos presupuestos eclesiales, la conformación de la idea de cruzada era una consecuencia lógica: proponiendo el camino de la Jerusalén terrestre, la Iglesia liberaba del pecado a quienes se comprometían en la lucha contra quienes negaban a Cristo y fortalecía la catolicidad expandiéndose interna y externamente frente al mundo.

Como hemos señalado, el bosque de decretos de Clermont ofrece poca información sobre la cruzada. Ya se ha aludido a los beneficios espirituales de que gozarían los participantes; de su evolución posterior hay abundantes estudios, no así de los privilegios temporales que apenas han sido tratados. James Brundage se adentra en este campo, trazando un arco creciente que discurre desde la escueta referencia a protección de propiedades en alguna versión de las disposiciones de Clermont hasta las menciones abundantes y variadas de este tipo de concesiones en el canon *Ad liberandam* del cuarto concilio de Letrán, de donde pronto pasaron a los textos de derecho canónico estudiados en las escuelas ⁷².

LAS RAÍCES DE LA PRIMERA CRUZADA Y LAS ESPECIFICIDADES DE LAS HISTORIOGRAFÍA ANGLOSAJONA Y FRANCESA

A pesar de la rica información coetánea sobre la Primera Cruzada y de la concienzuda elaboración narrativa de los historiadores posteriores, sigue existiendo amplio campo para la profundización en aspectos concretos de la expedición. Thomas Asbridge y John France han trabajado sobre la decisiva fase entre la toma de Antioquía, 3 de junio 1098, y la conquista de Jerusalén, 15 de julio 1099 ⁷³. William C. Zajac reflexiona sobre los principios que regían la apropiación del botín durante el conflicto y Charles R. Bowlus evalúa la trascendencia en combate de los arqueros a caballo ⁷⁴.

Aparte de incidir sobre lo concreto, dentro de un rico empirismo que sigue siendo seña de identidad, los historiadores británicos han ido apor-

⁷² JAMES A. BRUNDAGE, «Crusaders and Jurists: the Legal Consequences of Crusader Status», en *Le concile de Clermont ...*, pp. 141-154.

⁷³ THOMAS ASBRIDGE, «The principality of Antioch and the Jabal as-Summaq», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 142-152. JOHN FRANCE, «Moving thro the Goal, June 1098-July 1098», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem...* (en prensa).

⁷⁴ WILLIAM C. ZAJAC, «Captured property on the First Crusade», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op. cit.*, pp. 153-180; CHARLES R. BOWLUS, «Tactical and strategical weaknesses of horse archers on the eve of the first crusade», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 159-166.

tando un sello determinado a la interpretación de los orígenes del fenómeno cruzado que se distancia de la ofrecida por otras tradiciones historiográficas. Algunas de las contribuciones a los encuentros intelectuales conmemorativos que estamos revisando permiten apreciar con claridad distintas caracterizaciones globales de la Primera Cruzada que responden a corrientes historiográficas nacionales; las diferencias entre las tendencias anglosajonas y francesas son perceptibles, aunque ello no afecta a todos y cada uno de los historiadores⁷⁵. Tres enfoques interpretativos distintos van a ser objeto de atención: peregrinación armada, guerra sacralizada e impulso escatológico⁷⁶. Dos textos de Jonathan Riley-Smith aclaran el primer acercamiento. En la conferencia inaugural de las Jornadas de Huesca expuso las diferencias cualitativas entre peregrinación tradicional y cruzada. La primera no implicaba juramento ni imposición de la cruz, tan sólo una bendición con la entrega de los signos distintivos; el peregrino viajaba, además, desarmado. La disposición del cruzado se formalizaba mediante un solemne compromiso público del que era testimonio la cruz de tela que inmediatamente cosía a su vestido; las armas eran elemento inherente a su condición, instrumento de su propia penitencia. Por tanto, aunque pudieran tener aspectos formales comunes, fueron dos manifestaciones penitenciales diferentes sin nexo de filiación⁷⁷. En Clermont, Riley-Smith mostró la comprensión de la distinción y la novedad que implicaba este planteamiento por parte del público a quien iba dirigido el llamamiento. La noción de pena por los pecados, satisfecha

⁷⁵ En las Jornadas de Huesca hubo tres intervenciones centradas en cuestiones historiográficas: RONNIE ELLENBLUM, «From Moral Considerations to «Invented Tradition»: The Changing Interpretation of the Crusades», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa); MICHEL BALARD, «L'historiographie des croisades au XX^e siècle (la contribution de la France, de l'Allemagne et de l'Italie)», en *op. cit.* (en prensa); GARY DICKSON, «The Crusades in Twentieth Century Historiography: the British, American and Israeli Contributions», en *op. cit.* (en prensa). También está salpicada de referencias historiográficas la conferencia de clausura de dicho coloquio que pronunció ELOY BENITO RUANO: «La próxima cruzada en Jerusalén». Jerusalén, la utopía cruzada», en *op. cit.*, (en prensa).

⁷⁶ Las interpretaciones economicistas, tan en boga hace años, han sido objeto de análisis en dos textos presentados en las Jornadas de Madrid (LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, «Expansión económica medieval y cruzadas», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 155-166; CARLOS DE AYALA MARTÍNEZ, «Hacia una comprensión del fenómeno cruzado: las insuficiencias del reduccionismo económico», en *op. cit.*, pp. 167-195. En este mismo encuentro, EMILIO MITRE FERNÁNDEZ realizó, desde el plano de las mentalidades, un estudio de la resonancia del término compuesto con el que se denominó durante largo tiempo a la cruzada —*Iter Hierosolymitanum*— y, al propio tiempo, de lo que supuso en la realidad («*Iter Hierosolymitanum*: alcance y limitaciones de un horizonte mental», en *op. cit.*, pp. 199-211).

⁷⁷ JONATHAN RILEY-SMITH, «An Army on Pilgrimage», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

mediante una expedición guerrera a Jerusalén promovida por el papa y, en última instancia, por Dios, aparece con claridad en la documentación generada por los participantes antes de partir, aunque no parecieran entender plenamente la idea de completa remisión de pecados ⁷⁸.

Jean Flori ha criticado la identificación entre cruzada y peregrinación armada, así como la lectura llevada a cabo por historiadores británicos de textos que recogían disposiciones de los cruzados antes de partir y sobre los que en buena parte sustentan el carácter de la expedición; según el estudioso francés, el tono penitencial es un retoque de los escribanos monásticos que insertaban la nueva realidad en el lenguaje tradicional conocido y que, por tanto, desfiguraban la voluntad de los sujetos de estos escritos. En un estudio comparativo entre *jihad* y cruzada, centrado primordialmente en esta segunda manifestación bélica, Flori cualifica a dicha guerra como santa, al trascender, a través del liderazgo papal de la Iglesia que imprime la reforma, los simples postulados de la guerra justa —protección de la Iglesia, restablecimiento de la justicia, autoridad legítima—; la participación en el combate llevaba aparejada recompensas, remisión de penas y pecados, que no eran beneficio derivado de la peregrinación, sino de la asistencia militar al proyecto de la sede romana ⁷⁹.

Con posterioridad, Jean Flori ha precisado más este pensamiento singularizando los tres factores confluyentes en la sacralización de la Primera Cruzada ⁸⁰. La reconquista de la Jerusalén terrestre se inscribe en la creciente vigencia de un combate por Dios, en definitiva, por la Iglesia y la sede de Pedro; en este marco, y no en el de la peregrinación, se sitúan las recompensas espirituales. El segundo elemento sacralizador posee un tinte escatológico: el acceso a la Jerusalén celeste que el pensamiento apocalíptico del momento, incluso el propio Urbano II, podrían haber propiciado, estimulando una presencia cristiana en la ciudad que posibilitara el desarrollo del discurso profético. Finalmente, y como tercer impulsor de la sacralización, la construcción de una Jerusalén espiritual, edificada desde

⁷⁸ JONATHAN RILEY-SMITH, «The Idea of Crusading in the Charters of Early Crusaders, 1095-1102», en *Le concile de Clermont ...*, pp. 155-166. En el texto señala la aparente contradicción existente entre la remisión de penas, mencionada en el canon, y la remisión de pecados, a la que hace referencia Urbano II en otro lugar. Según RILEY-SMITH no hay contraposición, pues el papa «no estaba ofreciendo un privilegio espiritual, que fue lo que llegaría a ser la indulgencia desarrollada; estaba proclamando una guerra penitencial, en la que el esfuerzo de los combatientes equivaldría a un duro y merecido castigo que ellos se autoimponeían», *op. cit.*, p. 162.

⁷⁹ JEAN FLORI, «Croisade et *gihad*», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 267-285.

⁸⁰ JEAN FLORI, «Jérusalem terrestre, céleste et spirituelle: trois facteurs de sacralisation de la première croisade», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

la conversión de los infieles, convencidos de la superioridad del Dios cristiano por las victorias militares de los caballeros de Cristo. Dos de estos planos no pervivieron a la consolidación de la presencia latina tras la batalla de Ascalón. Es evidente que ni las esperanzas escatológicas ni las conversiones se habían producido; permanecía sólo la defensa de la Jerusalén terrestre. Dentro de toda esta concepción, el sentido de peregrinación no queda eliminado —Jerusalén es siempre el objetivo—, aunque sí subordinado a una sacralización cuyo centro de gravedad está en Roma.

En trayectoria con la historiografía francófona —Paul Alphandery, Alfons Dupront, Paul Rousset—, Jean Flori ha considerado que concepciones escatológicas propiciaron también la sacralización de la cruzada; en esa línea otros dos historiadores franceses han aportado ideas. André Vauchez sintetiza la cuestión⁸¹. Después de trazar una diagonal sobre posiciones historiográficas actuales, lectura a posteriori de los cronistas monjes y textos apocalípticos vigentes en el siglo XI, concluye que la Iglesia proyectó sobre la cruzada determinadas aspiraciones escatológicas populares hacia un orden social más justo, que concordaban con la revalorización eclesial de la pobreza y su utilización correctiva contra los vicios de clérigos y monjes, y también con la propuesta de una nueva vía de santificación para el laicado: la guerra contra los infieles. Luc Ferrier analiza el componente escatológico inherente al gobierno de Jerusalén para explicar la reticencia eclesial a la elección de un monarca tras la conquista de la ciudad, el compromiso que implicó la renuncia al título real por Godofredo, y la legitimación de su poder y del de toda la dinastía que hace Guillermo de Tiro, resaltando la *humilitas* del primer mandatario, alejada de cualquier *superbia* característica del Anticristo⁸².

CRUZADA Y JIHAD: PROFUNDIZACIÓN HISTORIOGRÁFICA SOBRE LOS RASGOS DIFERENTES DE AMBOS COMBATES

El texto que ya hemos comentado de Jean Flori acerca de la religiosidad militar en el Islam y en el cristianismo latino dedica poca atención específica la *jihad*. Tan sólo se pone de manifiesto la perfecta integración de la violencia sacra en el corpus religioso islámico, a diferencia de las contradicciones que generaba en la vivencia cristiana, acalladas en la Iglesia occidental por las doctrinas reformadoras romanas fa-

⁸¹ ANDRÉ VAUCHEZ, «Les composantes eschatologiques de l'idée de croisade», en *Le concile de Clermont ...*, pp. 233-243.

⁸² LUC FERRIER, «La couronne refusée de Godefroy de Bouillon: eschatologie et humiliation de la majesté aux premiers temps du royaume latin de Jérusalem», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 245-265.

vorables a una lucha armada en favor de la fe; esa total incardinación religiosa de la guerra aseguraba automáticamente la legitimidad, justicia y santidad del combate, al propio tiempo que otorgaba la calidad de mártires a quienes sucumbieran en él⁸³. Peter Partner también propone una comparación entre cruzada y *jihad*⁸⁴. El peso específico recae aquí sobre esta última, expresión tradicional de la religiosidad islámica; de ella el autor resalta tres aspectos, algunos coincidentes, otros matizadores de las afirmaciones de Jean Flori. La *jihad*, como señala también este último, se inserta en el conjunto doctrinal; la cruzada es sencillamente una proyección eclesiástica latina hacia Tierra Santa y los cristianos oprimidos; no se pueden comparar ambos fenómenos: uno, este último, expresa la parte, el otro hace referencia al todo. Partner visualiza la *jihad* de forma menos unívoca que Flori; implicaría la obligación de servicio militar, pero también una lucha interna en pos de la perfección espiritual; el predominio de uno u otro componente dependió de tiempo y también de lugar, si tenemos en cuenta el fraccionamiento del Islam. Pero, con frecuencia, la *jihad* aunó ambos. Es sintomático que la percepción de la especificidad religiosa de la presencia latina bien entrado el siglo XII promoviera una reacción musulmana sustentada sobre nítidas bases doctrinales; en la *jihad* se conjugaban así los dos elementos y ese radical entronque religioso fue elemento legitimador político de Nuradín y Saladino, también de ayubidas y mamelucos. Es precisamente a la apreciación de las motivaciones profundas del enemigo a la que Benjamin Kedar dedica unas páginas reveladoras que encabezan breves consideraciones metodológicas sobre este tipo de estudios⁸⁵. La ignorancia fatimí dio paso en tiempos de Saladino a un conocimiento bastante preciso sobre las razones de base que impulsaban a luchar a los cristianos. Guillermo de Tiro, coetáneo de escritores árabes tan bien informados, y quizás el personaje más erudito de Ultramar, no aporta explicaciones de fondo sobre el comportamiento musulmán. La inexistencia de un sustrato conceptual adecuado, manifestado en la incapacidad de traducir Islam si no era por el genérico *paganismus*, dificultó en general el entendimiento de los móviles musulmanes y, por tanto, la efectividad de la lucha cristiana a largo plazo.

⁸³ JEAN FLORI, «Croisade et gihad», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 267-269.

⁸⁴ PETER PARTNER, «Holy War, Crusade and Jihad: an attempt to define some problems», en MICHEL BALARD, ed., pp.333-343.

⁸⁵ BENJAMIN Z. KEDAR, «Croisade et *jihad* vue par l'ennemi: une étude des perceptions mutuelles et des motivations», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 345-355.

HETEROGENEIDAD DEL COMPONENTE CRUZADO Y GENERALIZACIÓN CRONÍSTICA DE UNA DENOMINACIÓN COMÚN

El mensaje cruzado proclamado en Clermont se filtró hacia muchos lugares de Europa. Una serie de textos presentados en los dos coloquios celebrados en dicha ciudad el año 1095 dan cuenta de la recepción de la petición en distintos puntos del continente, de las respuestas que obtuvo y de las derivaciones de todo tipo que generó. Efectivos de los territorios imperiales más occidentales, especialmente Champaña y Borgoña, en menor medida Lorena, contribuyeron a la empresa, lo que no puede extrañar teniendo en cuenta su familiaridad con las peregrinaciones a Jerusalén o con las luchas contra los musulmanes en la península ibérica ⁸⁶. Las consecuencias del voto cruzado son perceptibles en la estructura de la propiedad de Nivernais, así como en la ampliación de la presencia monárquica en el limítrofe Berry gracias a la venta de título y tierras que hizo el vizconde de Bourges, Eudes Arpin, a Felipe I para poder sufragar el viaje ⁸⁷. La actitud de las mujeres ante la peregrinación o la cruzada ha sido objeto de estudio para el caso de Flandes ⁸⁸. De entre las interesantes apreciaciones de Franco Cardini concernientes a Italia, retenemos la idea de que Urbano II no propiciaba un encuadramiento itálico masivo que pudiera debilitar en determinados puntos su situación en la península ⁸⁹. Este pequeño esbozo es sólo una muestra de la riqueza de procedencia, con claro predominio de las regiones galas, de los integrantes de la expedición. Marcus Bull reflexiona sobre la necesidad que tuvieron participantes y cronistas de aglutinar en un término común dicha heterogeneidad; de ahí la utilización de *franci*, denominación que unía tanto a meridionales como a septentrionales en un horizonte pasado carolingio de brillantez guerrera y desgajaba el nombre de cualquier connotación geográfica o política del momento, con independencia de que en el futuro fuera apropiado por la realeza ⁹⁰.

⁸⁶ MICHEL PARISSÉ, «Les effets de l'appel d'Urbain II à la croisade aux marges impériales de la France», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 213-220.

⁸⁷ PHILIPPE MURAT, «La croisade en Nivernais: transfert de propriété et lutte d'influence», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 295-312; CHRISTOPHER K. GARDNER, «The Capetian Presence in Berry as a Consequence of the First Crusade», en MICHEL BALARD, ed., *op.cit.*, pp. 71-81.

⁸⁸ THÉRÈSE DE HEMPTINNE, «Les épouses des croisés et pèlerins flamands aux XIe et XIIe siècles: L'exemple des comtesses de Flandre Clémence et Sybille», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 83-95.

⁸⁹ FRANCO CARDINI, «L'Italie et la croisade», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 221-231.

⁹⁰ MARCUS BULL, «Overlapping and Competing Identities in the Frankish First Crusade», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 195-211.

PRECRUZADAS Y RECONQUISTA,
TEMAS DE LA HISTORIOGRAFÍA CRUZADA

Los encuentros que tuvieron lugar en Madrid y en Huesca fueron los dos únicos en atender lo que se ha venido en llamar pre/protocruzadas, las guerras contra el infiel en el siglo XI que pudieran llevar en germen elementos del movimiento que alcanzó una primera madurez en los posteriores años noventa. Es lógico que estos fueran los foros privilegiados para el tratamiento de estas cuestiones, pues el mediterráneo occidental, y la península ibérica en especial, constituyeron, desde el primer tercio de dicha centuria, teatro de operaciones en la lucha expansiva contra los musulmanes. Marco Tangheroni ha presentado un cuadro general de la actuación italiana contra sarracenos occidentales en dicho siglo que culmina con la expedición de 1087 contra Mahdia ⁹¹; también ha realizado un análisis más específico de la conquista normanda de Sicilia ⁹². Carlos Laliena ha abordado el debatido asunto de la efímera conquista de Barbastro en 1064, mientras Javier Faci ha valorado las conexiones con el tema cruzado de la recuperación de Tarragona y restauración de su sede ⁹³. Juan José Fernando Utrilla analiza el periodo comprendido entre dos jalones decisivos de la expansión aragonesa, las conquistas de Huesca (1096) y de Zaragoza (1118), realizadas en los años de las primeras expediciones y del establecimiento latino en el extremo opuesto del mediterráneo ⁹⁴. Pero infieles no eran sólo los musulmanes. Carlos Estepa se ha adentrado en el carácter de las luchas germanas contra los eslavos dentro del complejo clima político de la época de Enrique IV, marcado por todo tipo de tensiones intraalemanas y con el papado ⁹⁵.

El marco de la península ibérica ha propiciado también en las Jornadas de Huesca otros dos desarrollos temáticos, el primero de ellos de muy amplio espectro. La interrelación Cruzada-Reconquista, asunto asombro-

⁹¹ MARCO TANGHERONI, «La rinconquista cristiana del Mediterraneo occidental», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 91-105.

⁹² MARCO TANGHERONI, «Los normandos y la conquista de Sicilia», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

⁹³ CARLOS LALIENA CORBERA, «¿Fue la campaña de Barbastro de 1064 una «protocruzada»? Guerra santa y conquista feudal en la frontera del Ebro a mediados del siglo XI», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

⁹⁴ JUAN JOSÉ FERNANDO UTRILLA UTRILLA, «La conquista y ocupación de la Frontera Superior andalusí: de la incorporación de la Tierra Llana (Huesca, 1096) a la del *regnum cesaraugustanum* (Zaragoza, 1118)», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

⁹⁵ CARLOS ESTEPA DÍEZ, «Enrique IV y los obispos sajones en la época de la Primera Cruzada», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 81-89.

samente no tratado hasta el momento en profundidad, ha sido objeto de la consideración de Vicente Ángel Álvarez Palenzuela, quien establece, dentro de una larga cronología convenientemente periodificada, las similitudes y también distancias entre ambos conceptos, nunca su identidad⁹⁶. La proyección de las ideas de cruzada en los descubrimientos portugueses, contribución de Luis Adão de Fonseca a dicho encuentro intelectual, permitió constatar la dilatada vida de unos esquemas mentales nacidos en los inicios del periodo expansivo medieval⁹⁷.

REFLEXIONES SOBRE LOS MUNDOS BIZANTINO Y MUSULMÁN COETÁNEOS

Las cruzadas clásicas, es decir, aquéllas dirigidas contra los musulmanes de oriente próximo, y, desde luego, la primera de ellas fueron acontecimientos que tuvieron como eje el mediterráneo y, como es obvio, afectaron a los habitantes de la ribera oriental de dicho mar. La reflexión que Svetlana Loutchitskaja hace sobre los nombres que reciben los pueblos musulmanes en la cronística latina de la Primera Cruzada le permite concluir que todo el conjunto de denominaciones en que se desgranaba el genérico *barbarae nationes* obedece más a estereotipos tradicionales o a rasgos de caracterización religiosa que a informaciones étnicas precisas que se hubieran podido adquirir durante el trayecto hasta Jerusalén⁹⁸.

Ocho aportaciones, dentro del conjunto de textos que estamos analizando, se centran específicamente en el mundo musulmán y tratan de diferentes aspectos relativos a él, bien en el periodo de contacto con las expediciones cristiano-latinas, bien durante el tiempo inmediatamente anterior a su aparición. La breve contribución de Robert Mantran no aporta nada relevante a nuestro conocimiento de la relación entre cristianos y musulmanes en vísperas de la irrupción occidental⁹⁹. Las otras siete son de un interés variable, aunque nunca inexistente. Debemos comenzar por el sintético texto

⁹⁶ VICENTE ÁNGEL ÁLVAREZ PALENZUELA, «El componente cruzado de la Reconquista», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...*, (en prensa). JOSÉ LUIS MARTÍN RODRÍGUEZ trató también este asunto en uno de los coloquios conmemorativos del concilio de Piacenza («Reconquista y cruzada», en *Il Concilio di Piacenza e le Crociate*, Piacenza, 1996, pp. 247-271).

⁹⁷ LUIS ADÃO DA FONSECA, «Una larga mirada hacia delante: la idea de cruzada en los descubrimientos portugueses», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...*, (en prensa).

⁹⁸ SVETLANA LOUTCHITSKAJA, «*Barbarae nationes*: les peuples musulmans dans les chroniques de la Première croisade», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 99-107.

⁹⁹ ROBERT MANTRAN, «À l'aube de la première croisade: le face-à-face des chrétiens et des musulmans», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 339-344.

de Carole Hillenbrand que aborda tres cuestiones básicas —fuentes, situación musulmana en 1095 e impacto de la Primera Cruzada en dicho mundo— desde una visión personal llena de claridad y de aportaciones ¹⁰⁰. La percepción negativa de Steven Runciman sobre las posibilidades de la documentación musulmana es sometida a crítica, a la par que la tendencia de la historiografía occidental a acercarse a dicho mundo exclusivamente a través de traducciones de extractos. Diccionarios biográficos, enciclopedias, geografías, historias de la época de los mamelucos, poesía ofrecen todos alguna luz hasta el momento no considerada para la comprensión de la Primera Cruzada. La desunión aparece como el rasgo más significativo del mundo musulmán en los años finales del siglo XI en Asia Menor, en Egipto o en la zona oriental iranio-iraquí. La división religiosa entre suníes y chiítas, así como la desaparición de distintos líderes políticos en 1092 y en 1094 alimentaron el fraccionamiento del que se aprovecharon los contingentes cruzados, que, en términos generales, fueron concebidos según el estereotipo habitual de enemigo derivado de la lucha con los bizantinos, aunque textos coetáneos aislados de carácter religioso o poético alertaban sobre la nociva peculiaridad de los francos.

Las contribuciones de Michael Brett y Robert Irwin a las Jornadas de 1995 en Madrid profundizaron, el primero, en el proceso de desintegración de los imperios fatimí y seleúcida y, el segundo, en los efectos de la Primera cruzada sobre distintas zonas musulmanas y en el reflejo de la presencia franca en la literatura árabe del siglo XII ¹⁰¹. En las Jornadas de Huesca de 1999, Michael Brett proyectó el foco sobre la situación posterior a la conquista de Jerusalén, formulando la pregunta de si el Islam fue verdaderamente derrotado, cuestión que implica una consideración de la actuación militar fatimí más allá de la mera defensa de Egipto, tendente a resaltar el liderazgo político y religioso de dicho califato contra el infiel, en forma de *jihad* que sería retomada con éxito después por Saladino; también supone una reconsideración de las actitudes de las ciudades sirio-palestinas frente a los ejércitos cristianos hasta la toma de Tiro en 1124, comportamientos inentendibles si no se las considera comunidades de gran autonomía que podían, llegado el momento, aceptar vivir bajo un gobernante infiel que respetara su organización según la ley islámica, lo cual las hacía dueñas de elegir entre la resistencia o la capitulación ¹⁰².

¹⁰⁰ CAROLE HILLENBRAND, «The First Crusade: The Muslim perspective», en JONATHAN PHILIPS, ed., *op.cit.*, pp. 130-141.

¹⁰¹ MICHAEL BRETT, «The Near East on the Eve of the Crusades», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 119-136; ROBERT IRWIN, «The Impact of the Early Crusades on the Muslim World», en *op. cit.*, pp. 137-151.

¹⁰² MICHAEL BRETT, «Islam Defeated?», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...*, (en prensa).

Benjamin Kedar nos acerca a la estimación del hecho de Clermont en Ultramar ¹⁰³. Para judíos y musulmanes fue el prólogo de la masacre. Para Guillermo de Tiro, Jerusalén era el único objetivo de un proyecto destinado a ejecutar la venganza por siglos de opresión; el centro de gravedad no estaba en la urbe francesa, sino en la villa santa; semejante centralidad reflejaba un protagonismo pasado, quizás él mismo inductor de la cruzada, y también de un presente que requería ayuda occidental para su mantenimiento en manos cristianas. Junto a esta síntesis de imágenes coetáneas, dos contribuciones abordan la percepción de las cruzadas por las historiografías turca y árabe. Ahmet Yaşar Ocak, tras tratar sintéticamente la repercusión de la Primera Cruzada sobre la Anatolia selúcida —retracción turca al centro de Asia Menor, corte cultural y religioso respecto al mundo árabe durante cincuenta años, alianza temporal entre seleúcidas y el emirato de Danishmend— plantea la inexistencia de estudios sobre las cruzadas en la Turquía moderna; la ausencia de monografías se ve acompañada de un tratamiento abiertamente nacionalista del fenómeno en obras generales sobre la época seleúcida ¹⁰⁴. Françoise Micheau se detiene en tres momentos: los cronistas árabes de los siglos XII y XIII, los historiadores otomanos y la historiografía árabe contemporánea; en esta última, observa dos tendencias: la primera, de cuño nacionalista y bien representada en Egipto, considera la cruzada como anticipación de la expansión posterior occidental y, por tanto, animada por razones materiales; la historiografía saudí retiene, sin embargo, la idea de un enfrentamiento religioso Islam-Cristiandad, que delata una sustancial diferencia en la concepción del mundo árabe actual: primacía de la suna sobre otro tipo de elementos aglutinadores ¹⁰⁵.

El protagonismo de Bizancio en la Primera Cruzada resulta evidente, sobre todo hasta el control definitivo de Antioquía, a partir del cual el enfriamiento de la actitud, cuando no hostilidad, de los líderes latinos hacia Constantinopla fue patente. Varios han sido los recuerdos intelectuales que nos han acercado hacia el mundo griego y hacia el impacto que sobre él tuvo la irrupción de occidentales. Javier Faci trata precisamente de esta cuestión, desmontando una línea de pensamiento, hasta hace poco dominante, que veía en los sucesos de fines del siglo XI un eslabón de la decadencia bizantina, confirmada en 1204 y en el imperio latino, culmi-

¹⁰³ BENJAMIN Z. KEDAR, «L'appel de Clermont vu de Jérusalem», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 287-294.

¹⁰⁴ AHMET YAŞAR OCAK, «Remarques sur les répercussions de la première croisade en Anatolie seldjoukide et dans l'historiographie turque moderne», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 313-323.

¹⁰⁵ FRANÇOISE MICHEAU, «Les croisades vues par les historiens arabes d'hier et d'aujourd'hui», en *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 345-360.

nada en la fatídica fecha de 1453 ¹⁰⁶. Esta visión estaba apoyada intelectualmente en la explicación legada por George Ostrogorsky de ruptura del equilibrio vigente durante la dinastía macedónica por una feudalización que condujo a una crisis económica, social, política y cultural de la que el imperio nunca se repuso. Investigaciones más recientes contradicen esos tintes sombríos, invirtiendo los efectos de las transformaciones del siglo XI y constatando un desarrollado en distintos ámbitos durante la época de los Comnenos. A su vez, Faci pone de manifiesto que la oposición greco-latina, derivada de los acontecimientos de los años 1096-1098, no poseyó el carácter que la historiografía ha querido otorgarle y, sobre todo, no abrió el camino que indefectiblemente habría de concluir con la conquista de Constantinopla durante la Cuarta Cruzada ¹⁰⁷. Una línea distinta, quizás más tradicional, siguen Annetta Ilieva y Mitko Delev al analizar cómo la ideología de cruzada exacerbó un conflicto preexistente entre el oriente y el occidente cristianos ¹⁰⁸. Gilbert Dragon profundiza en una de las discrepancias de principio: la guerra santa ¹⁰⁹. Bizancio rechazó la conexión entre propagación de la fe y violencia que suponía la *jihad*, pero, en su propia defensa, fue desarrollando una cristianización de las actividades bélicas que, sin embargo, nunca traspasó el límite de la aceptación del derramamiento de sangre, lo cual marcaba una frontera infranqueable respecto al propio concepto de cruzada, conformado y desplegado en oriente cuando la cobertura religiosa de la guerra estaba allí en reflujo, tanto en el campo imperial como en el musulmán. «Esperanzas, desilusiones, malentendidos», tal es el título de la síntesis que, acerca de Bizancio y la Primera Cruzada, ha elaborado Ralph Johannes Lilie para las actas de las Jornadas de Huesca ¹¹⁰; dichas palabras son un excelente resumen del tenor de las relaciones entre griegos y latinos en esos años de contacto difícil.

¹⁰⁶ FRANCISCO JAVIER FACI LACASTA, «El imperio bizantino y la Primera Cruzada», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 109-118.

¹⁰⁷ JAVIER FACI LACASTA, *op. cit.*, pp. 116-118.

¹⁰⁸ ANNETTA ILIEVA y MITKO DELEV, «La conscience des croisés et l'alterité chrétienne. Essai typologique sur les conflits pendant la Première Croisade», en MICHEL BALARD, ed., *op. cit.*, pp. 109-118.

¹⁰⁹ GILBERT DRAGON, «Byzance entre le djihâd et la croisade. Quelques remarques», *Le concile de Clermont de 1095 ...*, pp. 325-337.

¹¹⁰ RALPH JOHANNES LILIE, «Hoffnungen, Enttäuschungen und Missverständnisse. Byzanz und der Erste Kreuzzug», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La conquista de la ciudad soñada: Jerusalem ...* (en prensa).

A MODO DE RESUMEN: LAS PEQUEÑAS SÍNTESIS GLOBALIZADORAS

Algunas colaboraciones a estos coloquios, pocas, se nos han quedado en el tintero. No hemos podido prestar atención a contribuciones ceñidas a la Historia del Arte, como las aportaciones de Eliane Vergnolle en Clermont o de Ruth Bartal en Huesca, ni tampoco dedicar espacio suficiente a la intervención de Robert Irwin en las Jornadas de Huesca, centrada en la utilización de las cruzadas por la novela histórica y el cine¹¹¹. A pesar de las ausencias o insuficiencias, todo el conjunto que aparece en esta apretada relación, en torno a noventa textos, sirve para mostrar un rico caleidoscopio de los trabajos actuales sobre el movimiento cruzado en sus inicios, en el que las distintas líneas teóricas y metodológicas emergen con claridad. No puede negarse la inmensa vitalidad actual de este tipo de estudios, que están renovando rápida y continuamente los planteamientos interpretativos. Las breves síntesis introductorias o finales que, sobre el hecho cruzado en su conjunto, hicieron Luis Suárez Fernández y Luis Adão de Fonseca en Madrid o Jean Richard en Leeds son adecuado punto de arribada¹¹².

¹¹¹ ÉLIANE VERGNOLLE, «Le paysage artistique de la France à la fin du XI^e Siècle», en *Le concile de Clermont de 1095...*, pp. 167-177; RUTH BARTAL, «The Image of the Saracen in Romanesque Sculpture: Literary and Visual Perceptions», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, *La conquista de la ciudad soñada: Jersuaem...* (en prensa); ROBERT IRWIN, «History, Fiction and Film: Islam Faces the Crusaders», *op. cit.* (en prensa).

¹¹² LUIS SUÁREZ FERNÁNDEZ, «Las cruzadas: un sentimiento y un proyecto», en LUIS GARCÍA-GUIJARRO RAMOS, ed., *La Primera Cruzada novecientos años después ...*, pp. 11-16; LUIS ADÃO DA FONSECA, «A cruzada, a paz e a guerra no horizonte da «Nova Europa»», en *op. cit.*, pp. 223-252; JEAN RICHARD, «La Croisade: l'évolution des conceptions et des stratégies», en ALAN V. MURRAY, *op. cit.*, pp. 3-25.